

Me levanto siempre muy temprano,
para ir rápido al querido trabajo,
creo que siempre al despertarme muy pronto,
arranco el día con el pie del tonto.
Rápido, rápido, corre, corre, tic-tac.

Llego a la parada del autobús,
veo que me he dejado el bonobús.
Otra vez a empezar de nuevo el día,
otra vez vuelta a la mala rutina.
Rápido, rápido, corre, corre, tic-tac.

Al fin llegué y él me informó que el director,
está hablando con el buen inspector.
Los papeles de la mesa descienden,
ya que el inspector a mí no me entiende.
Rápido, rápido, corre, corre, tic-tac

En casa otra vez y ya descansando,
me duermo sin querer, estoy soñando.
Una anciana me da una gran manzana,
como Blanca Nieves envenenada.
Rápido, rápido, corre, corre, tic-tac.

Volvemos a la aburrida rutina
Vacaciones siempre son bienvenidas;
ya no aguanto más días sin descanso,
con el continuo estrés mucho me canso.
Creo que siempre al despertarme muy pronto,
arrancó el día con el pie del tonto.
Rápido, rápido, corre, corre, tic-tac.

MUERTE EN INVIERNO

Paseando en mi moto entusiasmado,
recordé aquel fatídico día;
en el cual tuve una gran agonía,
ya que había un corazón destrozado.

Fuiste siempre mi gran amor amado
y tu sonrisa conmigo seguía,
y al lado mía ya no te veía.
Tú no serás un amor olvidado.

La carretera cubierta de hielo,
desde lejos parecía un pantano...
fue la causa de nuestro desconsuelo.

Siento aún en mi cara tu mano,
tú para mí siempre serás un cielo;
las motos son para el verano

Llevaba ya varias horas arañando el cristal sin éxito. ¿Pero cómo era esto posible? Habían armado un buen revuelo. Todo lo que alcanzaba a ver era un ir y venir de luces, sonidos y personas desconcertantes. Yo miraba desde allí dentro, sin comprender del todo. Sólo sabía que, desde el momento en que me hice notar aquella tarde (sin prever los desafortunados efectos) alguien me había agarrado para encerrarme en aquel lugar, ya que al parecer, mi presencia no era deseable allí. Aunque, en cierto modo, no era una perspectiva del todo desagradable, ya que la casa se había ido tornando en un terrible desenfreno desde mi reclusión, algo desconocido e inquietante para mí. Sin embargo lo observaba todo con curiosidad desde mi posición de vigía prisionero tras el cristal, medio oculto por las cortinas.

Aquellas personas eran desde luego, dignas de contemplar. Llegaban progresivamente, y parecían darse continuas muestras de afecto mediante los frotamientos de sus caras. Sus ropajes eran estrafalarios, diferentes de los que yo acostumbraba a ver. Me llamaron especialmente la atención las señoritas, todas portadoras de zancos interminables que parecían desafiar las leyes de la gravedad, y de la misma naturaleza. Reinaba una especie de frenesí entre ellos, y me parecieron en peligro, además de por su inestabilidad ya mencionada, por una especie de ritual de movimientos que parecía agravarla aún más. Les animaba, por lo visto, un ruido constante que martilleaba mis delicados tímpanos, así como algún tipo de bebida que no soltaban jamás, tal vez por miedo a perderla, ya que la desorientación de algunos se hacía patente por segundos. Debían de haber realizado una actividad terriblemente dificultosa, ya que su sed no tenía freno.

En esas me hallaba cuando vinieron a perturbar mis meditaciones un par de esas criaturas, que además, parecían haber perdido el juicio o encontrarse profundamente perjudicadas. Me miraban directamente y me señalaban sin recato alguno, y no sé qué debían encontrar tan divertido de mi cautiverio, pero no dejaban de reír de una forma bastante estúpida. Parecían acusar los efectos del problema por mí analizado, ya que difícilmente se tenían en pie. Incluso me hablaron, de la forma en la que alguna gente se dirige a los niños pequeños. Yo me atusé los bigotes y me mantuve erguido en mi posición, ya que no me causaban temor alguno, sino tan solo desprecio. Seguí mirándolos así, por encima del hombro, hasta que ellos cuchichearon algo entre risitas.

Entonces trataron de abrir el cristal, para mi espanto inmediato, ya que nada me horripilaba más que encontrarme entre las manos de uno de aquellos seres trastornados. Eché a correr inmediatamente para ponerme a salvo, y no paré hasta encontrarme en la comodidad de mi refugio, donde pude recuperarme del susto. Afortunadamente ellos no lograban atinar con el cierre de la puerta, de lo contrario, ¿Quién sabe si no me hubieran aplastado el cráneo por accidente en medio de su enajenación? ¡Imprudentes! Cejaron en sus tentativas de abrir el cerrojo, al no obtener resultado, y yo suspiré de alivio.

Me sentía mortalmente ofendido por aquella ostentosa violación del decoro que llevaban a cabo en el exterior, por no hablar de la falta de educación hacia mí. No era así como yo recordaba los festejos. Jamás había visto a nadie perder la dignidad de aquella manera tan pronunciada, mucho menos voluntariamente y sin que pareciera tener relevancia alguna. No había quien les entendiera. Terminé por alegrarme de haber sido relegado a aquel rincón, ya que de sobra sabía que no había forma de que yo encajase en su estrepitosa reunión, oh no, ni pensarlo. A menudo frecuentaba reuniones sociales, aunque no mostraban parecido alguno con aquella, estoy seguro. Mi concepto de una buena fiesta tendía más hacia la leche en abundancia y mi manjar favorito, el jamón de york. Además de la discusión con otros individuos de temas de la actualidad o sobre cualquier materia que pudiera dar lugar a un animado debate del cual extraer algún ingenioso comentario o ideas inteligentes. Si esto

no era posible, me gustaba disfrutar al menos de materia de risa. Llamadme loco, llamadme anticuado, pero lo veo así, a diferencia de estas bestezuelas. Albergaba cada vez más rabia hacia ellos por condenarme al exilio, porque, a pesar de que eran ridículos era a mí a quién correspondía elegir si deseaba asistir a su pequeña fiesta. Aquella era mi casa y eran mis normas, aunque no se me diera la posibilidad de hacerlas valer.

En ese momento me acordé de mi querido tío tatarabuelo Monsieur Valèntin, ya fallecido. Durante su juventud desempeñó un alto cargo en la resistencia Francesa, en los años de la II Guerra Mundial. Fue capturado por las tropas Alemanas mientras llevaba un mensaje hacia Inglaterra, vital para el desenlace de la contienda. A pesar de las adversidades logró escapar utilizando tan sólo hilo de pescar y su natural agilidad. Lo tenían retenido en un búnker, pero al menor descuido él supo utilizar sus armas, se coló por el hueco del cañón y desplegó el hilo para descolgarse por él. Quedó con daños irreparables en las palmas, pero logró llevar a cabo su cometido y además le condecoraron. El recuerdo inspiró en mí ciertos sentimientos de orgullo de linaje, así como un repentino deseo de emular los logros de mi tío tatarabuelo y continuar con su legado. Así que salí de mi escondite dispuesto a presentar batalla, y a salir airoso de ella, costara lo que costara.

Me armé de todas mis fuerzas y comencé a gritar tan alto como pude, por ver si se hartaban y me liberaban, así como a golpear el cristal. Al poco tiempo de estar yo entregado a tan ardua tarea, empezaron a sonar unas extrañas campanadas. Me paré en seco y pude contar doce. Me hallaba pensativo acerca de este suceso cuando, sin darme tiempo a reaccionar, escuché por todas partes estallidos de bomba. ¡A cubierto! ¡El ejército Alemán ataca! Decidí que aquel no era momento de heroicidades y corrí a protegerme dentro de mi escondrijo. Estaba tan cansado debido a tantas emociones vividas aquel día, que caí rendido casi sin darme cuenta, a pesar de que el jolgorio se había reanudado.

A la mañana siguiente encontré la puerta abierta como normalmente, y esto me causó una gran tranquilidad. A pesar de ello primero estudié bien el panorama: todo estaba en calma. Sólo entonces me aventuré a pasar. Todo estaba desordenado y sucio, como era de esperar, y por la habitación pululaban solamente las personas que allí vivían. Andaban de un lado para otro tratando de adecentar aquello, aunque de forma bastante torpe y atolondrada, y con un aspecto bastante lamentable. Continué mi camino ignorándoles todo lo que pude, como hicieron ellos conmigo la noche anterior. Sin embargo ahora me vieron y se mostraron muy interesados por mí, se volvieron todo atenciones repentinamente. Pero yo perseveré en mi altivez porque quería torturarles. No olvidaría fácilmente el calvario de la noche anterior y ese desacato premeditado a mi autoridad. Por ello tomé posesión de mi sitio en el sofá sin ni siquiera mirarlos, y comencé, con toda la parsimonia del mundo a dedicarme a mi higiene personal, muy tieso y digno...

Todo lo tieso y digno, claro, que puede estar un gato cuando se lame la punta de la pata trasera derecha.

Todo es posible

Comienza el atardecer y los habitantes del barrio Mosul pueden observar cómo el sol va bajando por las montañas hasta ocultarse. Es cuando se produce el primer canto, que llama a la oración. Se pueden ver montones de casas iluminadas, en las que en su interior encontramos familias y familias, dándole gracias y ofreciéndole su día a día a Alá, su Dios, y a su profeta, Mahoma.

En casa de los Mun el ruido de la olla y de los platos se apaga y toda la familia se reúne en el salón, en dirección a la Meca, para dedicarle un pequeño tiempo a la oración. El matrimonio de Zaira y Yusuf es un matrimonio feliz, en el que tanto ellos como sus tres hijas, Jazmín, Noor y Azahara, y su hijo Mohamme, disfrutaban de estos ratos de oración en común. En esta casa, se puede respirar alegría por todos los rincones: juegan juntos, se ayudan con los deberes... aunque como toda familia, discuten y tienen sus momentos de peleas.

La mayor de los hermanos es Jazmín, una joven morena de 20 años, con el pelo muy largo y de color oscuro. Tiene también grandes ojos negros, una pequeña nariz aguileña y una boca de labios carnosos. Su belleza, tanto interna como externa, llama la atención de todos, vaya por donde vaya. Sus hermanos la adoran, porque para ellos es como su segunda madre: los cuida, aconseja y ayuda en las tareas, al igual que ayuda a su madre con la casa.

Las gemelas Noor y Azahara, tienen 16 años. A pesar de ser gemelas, son muy diferentes entre sí. A Noor le encanta el baloncesto, es una chica muy deportista. Por el contrario, Azahara es una chica bastante cursi, interesada sobre todo en su exterior y salir de fiesta con sus amigas.

Por último, nos encontramos con Mohamme, un chico de apenas 6 años de edad. Mohamme se pasa día y noche con Noor, puesto que adora el deporte también, y ésta le enseña y ayuda a practicarlo.

Zaira, la madre y esposa de Yusuf, es ama de casa, dedicada única y exclusivamente a sus hijos. Mientras que Yusuf trabaja en un puesto de frutas, en un mercadillo a unos diez minutos de su casa.

Pues bien, a dos calles de su casa viven los Alaurín, una familia compuesta por el matrimonio de Mahlet y Lis y sus dos hijos: Dubac y Anik. Dubac es un chico muy atractivo, de 21 años de edad, y en su cara resaltan unos ojos color verde. Su carácter impulsivo le ha traído más de un problema, pero en el fondo de su corazón es un chico muy noble y amable. Anik, una chica de 16 años ha sido educada en unas tradiciones muy rígidas, entre las cuales la mujer tiene un papel muy inferior al hombre.

Lis y Mahlet, al contrario que Zaira y Yusuf, son padres muy estrictos, pues su mayor preocupación es que su familia cumpla al pie de la letra las normas del Corán. Mahlet, es propietario de una panadería situada al lado del puesto de frutas de Yusuf, y Lis, es también ama de casa.

1. ALGO MÁS QUE AMIGOS

Como todos los días, a las 7:00 empieza la actividad en el barrio. Estos días, Jazmín ha ido a acompañar a su padre al mercado para ayudarle con el trabajo, puesto que éste necesitaba ayuda. El hijo de su vecino Mahlet, se pasaba también de vez en cuando por la panadería de su padre. Dubac y Jazmín, se conocen desde chicos, puesto que viven en la misma manzana, pero en la vida han mantenido una conversación, ni siquiera se saludan. Ellos siempre se han atraído físicamente pero nunca se han atrevido a hablar, puesto que sus

familias no se llevan muy bien. Son dos familias que aunque viven al lado son muy diferentes y tienen distinta forma de ver la religión.

Pero ni ella ni él pueden negar su atracción. Ella siempre lo ha visto como un chico muy atractivo y siempre le han encantado su color de ojos, pero lo que sobre todo le molesta es su carácter despectivo al dirigirse a las mujeres. Dubac siempre ha considerado a las mujeres inferiores a los hombres y es algo que Jazmín no soporta, puesto que los hombres y mujeres deben ser considerados iguales en la sociedad, aunque él no piensa así, puesto que sus padres le han dado esa educación desde chico.

Jazmín, nunca olvidará la primera conversación que tuvieron, un martes por la mañana, sobre las 12 aproximadamente, en la pescadería.

- Oye dame un kilo de acedias y dos de sardinas, dijo Dubac en un tono bastante elevado.
- Oye, perdona pero yo iba antes en la cola, tienes que coger número, le respondió Jazmín.
- Me da igual, tú eres una chica, los chicos vamos primero, afirmó Dubac.
- ¿Y qué tiene eso que ver? Ser un chico no es motivo para colarse en una cola, llevo esperando al menos media hora, le respondió ella enfadada.
- Las chicas sois inferiores, dijo Dubac con tono de desprecio.
- ¿Y eso quién lo dice?, respondió ella.
- Eso lo dice Alá; exclamó.
- Mi Alá nunca diría eso, Jazmín contestó muy molesta.

A partir de esa conversación, todo cambió. Dubac se da cuenta de que Jazmín de verdad le importa y no puede dejar pasar la oportunidad, por lo que todos los días va a la frutería donde ella trabaja con la excusa de comprar. Sin embargo, esto no le resulta tan fácil, puesto que su familia no ve a la familia de Jazmín con buenos ojos y tienen muy distintas formas de ver la vida.

2. DIFERENCIAS IRRECONCILIABLES

A pesar de todo, él sigue en su intento por conseguirla. Durante un mes, sus encuentros consistieron en saludarse y tener breves conversaciones. Estas conversaciones dieron lugar a pequeños encuentros en los que él intentaba exponer sus ideas autoritariamente, lo cual a Jazmín le superaba, puesto que ella no estaba de acuerdo, ya que desde pequeña, sus padres le habían enseñado a respetar, pero siempre desde la igualdad.

Un día, mientras paseaban por el barrio, se produjo un altercado en el que unos moros, insultaban a una mujer.

- ¿Por qué una chica tiene que ser considerada inferior sólo por el hecho de ser chica?, se preguntó Jazmín.
- Así son nuestras normas proclamadas por Alá y nos las transmiten de generación en generación con la finalidad de cumplirlas, le respondió Dubac.
- Tú estás muy equivocado, ¿En serio crees que eso es lo que Alá desea? En mi casa todos adoramos y creemos en Alá, pero mis padres nunca me han hecho sentir que Alá me considerara inferior a los demás, afirmó ella.

A partir de este momento, ella se da cuenta de que entre ellos había una distancia imposible de recorrer.

- Dubac, creo que lo mejor es olvidarnos puesto que lo nuestro nunca funcionaría. Tenemos ideas totalmente distintas y nuestras familias nunca aceptarán esta relación.

3. RECONCILIACIÓN

Después de la conversación, Dubac llegó a su casa muy triste y pensativo. Miró a su madre y pensó en todo lo que ella era capaz de hacer por su familia. Toda su vida se la dedicó a su marido y a sus hijos, sin poder permitirse el lujo de quejarse una sola vez; pero... ¿Era ella realmente valorada en su familia? ¿Había visto alguna vez a su padre agradecerle todo lo que ella hacía por ellos? No, realmente nunca fue así; todos pensaban que era su obligación como madre y mujer, y punto.

Dubac siguió preguntándose si era eso todo lo que él quería vivir en un futuro cuando creara su propia familia. Minutos después se dio cuenta de que no era una buena forma de vivir: pensaba en su hermana, cuando su padre la desposara con un marido desconocido sólo por el hecho de ser mujer... ¿Sería yo capaz de soportar semejante cosa si fuera mujer?

No dudó ni un segundo más, y corrió hacia la puerta para ir en busca de lo que realmente estaba seguro que quería.

Jazmín le había abierto los ojos a una realidad nueva para él, una realidad en la que Alá valora igual a todas las personas, sin distinción de género o raza. Sí, realmente Jazmín era la mujer de su vida y no iba a renunciar a ella aunque su familia se opusiera.

4. UN DESENLACE FELIZ

Dubac corrió calle abajo en busca de Jazmín y sin tener en cuenta que todos le miraban gritó desesperadamente hacia la ventana de ella.

- Jazmín, Jazmín por favor baja tengo que hablar contigo, gritaba él.
- No chilles, mis padres te escucharán y no les gustará verte aquí, respondió ella murmurando desde su balcón.
- Ya eso no me importa, ahora, lo único que me importa en esta vida eres tú, afirmó Dubac.
- ¿A qué te refieres con esto? ¿Qué me intentas decir?, le preguntó ella sorprendida.
- Me has hecho recapacitar y estoy muy arrepentido de cómo te he tratado durante todo este tiempo, espero que me lo puedas perdonar, él le dijo.
- Por supuesto que puedo, sabes que siempre me has gustado y que siempre he temido decírtelo. Espero que de verdad hayas cambiado tu forma de pensar sobre las mujeres.

A partir de este momento, Dubac y Jazmín comenzaron una relación seria y madura basándose en el respeto, y fue así como educaron en el futuro a sus hijos.

“El respeto es la actitud y la acción del ser humano, de no dañarse a sí mismo, a sus semejantes y a su entorno”

MI TIERRA ANDALUCÍA

En la tierra más bonita
tuve la suerte de nacer.
Blanca y verde su bandera
todos la quieren conocer.

La provincia sevillana
con su arte y su salero,
la feria y semana santa
enamoran al mundo entero
¡Qué alegría! ¡qué alegría!
Ser de mi tierra, Andalucía.

Málaga y sus aguas cristalinas,
chiringuitos a pie de playa,
boquerones y sardinas,
la Costa del Sol de frente nos mira.
¡Qué alegría! ¡qué alegría!
Ser de mi tierra, Andalucía.

Los gaditanos y su gracia
miles de chirigotas recitan,
tacita de plata la llaman
y con los carnavales nos conquistan.
¡Qué alegría! ¡qué alegría!
Ser de mi tierra, Andalucía.

Esos campos granadinos,
blancos en frío y verdes en verano.
La Alhambra mora con su encanto
a la sierra mira temprano.
¡Qué alegría! ¡qué alegría!
Ser de mi tierra, Andalucía.

Aceitunas jienenses,
para paladares exquisitos.
en la Sierra de Cazorla
nace nuestro hermoso Río.
¡Qué alegría! ¡qué alegría!
Ser de mi tierra, Andalucía.

Las marismas onubenses
el Rocío tienen en vista,
y junto al parque de Doñana
el río tinto se divisa.
¡Qué alegría! ¡qué alegría!
Ser de mi tierra, Andalucía.

Almería y sus desiertos
como si del Oeste se tratase,
a orillas del Andarax
esperando que el agua pase.
¡Qué alegría! ¡qué alegría!
Ser de mi tierra, Andalucía.

Córdoba y su centro
con sus mujeres divinas,
me lleno de pasión
cuando entro en la mezquita.
¡Qué alegría! ¡qué alegría!
Ser de mi tierra, Andalucía.

Diálogo con la muerte

Eran cerca de las dos de la madrugada cuando sentí que alguien me observaba, mas no iba mal encaminado. Delante de mi cama se encontraba una silla y allí estaba ella, apoyando su pálido cuerpo delicadamente contra su pierna izquierda, el cual estaba cubierto por un fino y delicado vestido de tela negra. Su pelo azabache le cubría el rostro, el cual tenía apoyado directamente contra su rodilla y en el que destacaban dos hermosos ojos azules, los cuales en su día debieron desprender un intenso brillo. Me incorporé lentamente de la cama y me senté en el borde de esta, de forma que pude encararla.

- Hola de nuevo, ¿No esperabas que mi visita fuera tan pronto?

- ¿Cómo ha sido?

Ella separó su rostro de la rodilla y esbozó una sonrisa que complementó a la perfección con su mirada felina.

- Parada cardíaca. Tranquilo, no has sufrido, ventajas de que pase mientras duermes.

Giré levemente y me encaré con mi propio cuerpo. Si no fuese porque sé que acabo de morir, cualquiera pensaría que estoy sumido en un plácido sueño. Hará a duras penas un mes, ingresé en el hospital por una parada cardíaca. Por la noche me sentí aliviado y al abrir los ojos, allí estaba ella, apoyada contra la pared. No nos dio tiempo para apenas intercambiar unas palabras, ya que vinieron a reanimarme, y lo consiguieron. Tras esa experiencia quise volver a encontrarme de nuevo con ella y parecía que esta era mi noche.

- Y bueno...

- ¿Y bueno qué?

- Ahora que...

- Madre mía... Escucha chaval, no voy a morderte, así que si vas a preguntarme algo, dispara.

- ¿Qué va a pasar ahora?... ¿Habrá un juicio celestial en el que se decidirá mi destino final?

Ella emitió una gran y sonora carcajada.

- De dónde vienes chaval, ¿Del Renacimiento?... Va, coñas aparte. Ese "juicio" ya se ha realizado. Toda tu vida va a decidir que te espera ahí.

- ¿Y qué será?

- ¿Qué anhelas?

Su respuesta me pilló un poco por sorpresa.

- Que qué anhelo... No sabría decírtelo ahora, al menos con certeza.

- Tranquilo, hay tiempo hasta que te recoja.

- Espera. ¿Cómo que "me recojan"?

- Yo solo vigilo que no te vayas por patas, que no seas un "fantasma", vamos. Son los jefazos quienes te llevarán a tu más allá, o como quieras llamarlo. Allí cumplirás eternamente tu mayor anhelo.

- Ya veo... Pues no se bien que es lo que querría eternamente.

- No eres ni el primero ni el último. Mira, como me niego a tener una conversación de besugos ni a quedarme dando vueltas como una idiota mientras exprimes tu cerebro, te puedo comentar algunos casos concretos para pasar el rato y ayudarte, ¿Te parece?

- Parece interesante, acepto.

Se levantó dando un salto y se sacudió levemente el vestido.

- Veamos... por cual empiezo... ¡Ah, por esa petarda!

- (Vaya con la chica...)

Ella emitió un leve tosido para calentar la voz y clavó su mirada en mí.

- Ejem... Este es el caso de una mujer vanidosa a la cual tuve que recoger. Ella solo hablaba de todos los hombres con los que había yacido en vida, por lo que dejó claro cuál era su anhelo. Y allí estaban, todos esos hombres la estaban esperando, dispuestos a alabarla y a yacer con ella cuando lo desease.

- Pues no parece tan malo.

- Claro, si lo que hubiese deseado fuese querer envejecer con ellos. Ella se mantenía tan hermosa como se recordaba, pero todos sus amantes envejecieron a medida que avanzaba el tiempo y exigen ahora que ella les devuelva toda la atención y dedicación que ellos le otorgaron durante su juventud.

- Entonces su deseo materialista y mundano ha transformado su posible paraíso en un infierno.

- Bien visto chaval.

- Sinceramente, no sé cómo alguien puede quedarse ligado a algo así, veo más normal quedarse ligado a un sentimiento...

- Pues mira, vas a tener suerte, tengo una historia que creo que te puede servir. Una mujer tuvo a una cría. A medida que pasaban los años, ella comenzó a odiar la pequeñaja ya que la comenzó a considerar mucho trabajo, mas su hija la idolatraba ya que valoraba toda la dedicación que su madre volcaba sobre ella. Una noche, tras ahogar sus penas en el alcohol, la madre agarró a su hija y acabó con su vida estrangulándola. Irónicamente, a la semana tuve que ir a por la madre ya que enloqueció tras la muerte de esta. Su destino fue justo, la pequeña disfruta de una realidad con una madre, en la que sigue siendo tan dedicada a su hija y el amor de ambas es recíproco, mientras que esa desgraciada es atormentada eternamente por la representación de su hija. Cada uno recoge lo que siembra, ¿No crees?

- Si...

Eso me dio en lo que pensar. Estaba muerto e iba a dejar a mucha gente atrás. Mi madre, mi padre, mi hermana, mis amigos, Cla-...

- Mierda, Clara.

- ¿Clara? ¿De huevo? ¿Un trabajo del colegio?

- Ja ja... Es, bueno, era mi novia. Tras el ingreso lo habíamos arreglado. Dios, me siento mal sabiendo que podrá sufrir, ¿Cómo he sido tan idiota?

- Vaya...

Centré mi atención en ella, quien esbozaba una amarga sonrisa.

- Se me hace raro ver a alguien que piensa en lo mismo que hice yo antes de mi muerte.

- ¿Tu... estuviste viva?

- Hace ya mucho tiempo chaval. Estaba prometida a un chico, pero el destino estaba en mi contra. Un año antes de nuestra boda caí gravemente enferma y acabé muriendo tras interminables noches de sufrimiento. Cuando me preguntaron que qué deseaba, dije que deseaba darle la protección que le iba a dar en vida. Dios, que torpe fui. Ni una semana más tarde de mi muerte ya se hallaba con otra mujer, con la cual se casó y formó una familia. Y aquí me ves ahora. Condenada a recoger las almas de los difuntos hasta que su descendencia desaparezca.

Tras oírla, sentí un pinchazo en el pecho. Debía de ser horrible lo que estaba sufriendo, y todo por la persona que amó.

Ella alzó su cabeza.

- Ya ha llegado.

Una figura masculina e imponente se presentó ante nosotros y, tras saludarla inclinando su cabeza, fijó su mirada en mí con sus ojos apagados.

- Y bien joven, ¿Qué es aquello que más anhelas?

- Lo que más anhelo...

Una parte de mí decía que era una locura, pero sabía que era lo correcto y lo que realmente yo deseaba.

- Hablar con ella.

Los dos abrieron ampliamente sus ojos y pusieron una mueca de incredulidad en sus rostros.

- ¿Cómo has dicho, chaval?

- Lo que quiero es hablar con ella. Quiero saber todo lo que ella sepa, sentir lo que haya sentido, ver todo lo que ella haya sentido. Quiero pasar toda mi eternidad a su lado.

Y así mientras la muerte erguía su guadaña, ella me observaba detrás con una cálida sonrisa.

- Idiota...

Era una cálida noche de verano. Ella entró en una habitación en la que una joven, tras un largo tratamiento para su cáncer, la esperaba sentada en su cama.

- ¿Quién es usted?

- Vengo a esperar a que te recojan.

- ¿Me recojan?...

- Ah, dulces recuerdos...

Yo entré tranquilamente en esa misma habitación, con mi nuevo oscuro atuendo, y me senté junto a la joven fallecida.

- Bueno, habrá que pasar el rato de alguna manera, ¿No creéis?

- Ya estás deseando que vuelva a contarte algo nuevo, ¿No?

Y así, mientras ella esbozaba una sonrisa y calentaba su voz, yo puse mi mano en el hombro de la joven fallecida mientras le decía

- Créeme, no te arrepentirás.

Y ahí estaba Anna

Y ahí estaba Anna, siendo empujada al borde del precipicio, y yo como una tonta sin hacer nada. Intento moverme, pero mis pies no responden, y grito “¡Anna!” pero no, no me escucha. No me puede hacer esto, otra vez no. La veo caer por el precipicio que segundos después le quitará la vida. No, no puede ser, no una vez más. Bajo corriendo las escaleras que me llevan hasta ella, y al verla sólo veo que la sonrisa ha abandonado su rostro, y que sus ojos ya no tienen vida.

“¡Anna, no, no te vayas, todavía no!”- grito con todas mis fuerzas, mientras noto cómo las lágrimas van humedeciendo poco a poco mis pómulos.

-¡Eh, Leire! ¡Despierta, todo ha sido una pesadilla!- escucho gritar a mi madre.

Entonces me despierto. Nada más abrir los ojos mi madre me abraza.

-Leire, no pasa nada, solo ha sido una pesadilla, todo está bien.- me susurra mi madre al oído.

Pero no. En el fondo sé que sólo lo dice para calmarme. Sé que no ha sido una pesadilla porque es real. No es como aquellas que tenía de pequeña, ella sí está muerta y todo por mi culpa. Yo la llevé a la fiesta, yo la convencí para que viniera. Y por mucho que mi madre diga, nada está bien, ni volverá a estarlo. Nada puede estar bien si ya han pasado 242 días desde que ocurrió y aún sigo teniendo la misma pesadilla cada noche, la misma escena que aparece en mis sueños una y otra vez.

No puede ir bien si sigo despertándome con los ojos húmedos y sigo echándola de menos a cada rato. Mamá dice que es normal, que era mi mejor amiga y que eso nunca lo olvidaré, pero que no puedo recordarla llorando. Dice que Anna estaría orgullosa que la recordara sonriendo y pensando en cada uno de los buenos momentos que pasé junto a ella.

Justo entonces suena el despertador, que me indica que ya es hora de empezar a arreglarse. Cojo mi pantalón favorito y una camiseta que Anna me regaló, y entro en la ducha. Al terminar de ducharme, me doy cuenta de que ésta ha conseguido despejarme. Me visto rápidamente, ya que he tardado más de lo habitual.

Entonces bajo a desayunar. Mi madre me ha preparado unas tostadas con mermelada de fresa, mis favoritas. Las cojo con una servilleta, me cuelgo la mochila al hombro y salgo por la puerta, propinando con ésta un buen portazo. Miro el reloj, son y cinco, me da tiempo a llegar al instituto a y media. Solo espero no encontrarme con Hugo por el camino. En ese momento me pongo mis auriculares y escucho la canción “Let her go” que, por antigua que sea, no dejará de ser mi favorita.

Tras unas cuantas canciones, llego al instituto, justo a la hora, y doy gracias a Dios por no haberme encontrado a Hugo por el camino. Entonces lo recuerdo: además de ser vecinos de casa, también lo somos de taquilla. ¡Mierda! Me acerco a mi taquilla, cojo los libros de Historia y suelto los demás. Justo cuando estoy a punto de cerrar la taquilla y dar media vuelta y largarme, aparece Hugo.

-Leire. - me dice.

“Ignóralo, Leire, él fue quien empujó a Anna por el precipicio, él la mató”, me digo.

-Leire, no vas a poder seguir ignorándome de por vida. - dice dolido.

-¿Quién dice que no? - le grito - nunca voy a poder perdonarte.

-Leire, de verdad, créeme, no fui yo, no fuimos nosotros. No estábamos con ella cuando la empujaron. A nosotros nos ha dolido tanto como a ti.

-Sí, ya veo. Os ha dolido tanto que os seguís emborrachando tanto como aquella noche, como sigáis así a saber quién será el siguiente al que matéis, ojalá seas tú.

-Nosotros no matamos a nadie, Leire, y si nos seguimos emborrachando es para poder olvidarla, porque no sabes cuánto la echo de menos. Así que si no sabes, es mejor que no hables. – me grita, y dicho esto, se aleja.

Es la primera vez que escucho a Hugo gritarme. Se me empiezan a humedecer los ojos, cuando me doy cuenta de que Hugo no debe importarme, de que él, aunque fuese mi mejor amigo para ese entonces, mató a mi mejor amiga, y eso no se lo voy a poder perdonar nunca. Entonces me alejo, entrando en la clase de Historia.

Ya es hora de volver a casa, han terminado las clases. Meto mis libros en la taquilla y miro a la puerta, donde pegué una foto con Anna.

Ésta era su favorita. Cierro mi taquilla y me pongo los auriculares de nuevo.

Al llegar a casa me pongo a pensar en Anna sin siquiera quererlo. Cuánto la echo de menos, ojalá estuviera conmigo aquí ahora para poder decirle lo mucho que la quería y la sigo queriendo aunque no esté. Querría decirle lo mucho que vale, ya que en los meses previos a su muerte, ella pensaba que no valía nada, y eso no era verdad. Entonces me encargaba de decirle lo mucho que valía cada día, y cuánto me gustaría seguir haciéndolo con tal de que siguiese aquí. Aquí. En mi habitación, riéndonos la una de la otra como solíamos hacer cada lunes. Justo en ese momento, recuerdo cómo me encantaba que su risa llenara todos los rincones de mi habitación.

Su risa era música para mis oídos, y no tenía nada que envidiarle al mismísimo Beethoven. Entonces me doy cuenta de que si no me levanto, terminaré haciendo de mi habitación un mar con mis lágrimas. Me obligo a levantarme, ir al cuarto de baño y lavarme la cara, como ella me habría ordenado si siguiese aquí. Sé que desde allí arriba me está viendo, y es lo que le gustaría que hiciera, quiero que se sienta orgullosa, quiero que sepa que he aprendido de ella.

Tras esto decido llamar a Matías, para salir a dar una vuelta con él, ya que siempre sabe cómo subirme el ánimo. Él acepta y quedamos en que en diez minutos me recogerá en la puerta de mi casa. Matías es uno de mis nuevos amigos, ya que tras la muerte de Anna dejé de irme con Hugo y los demás. Creo que es una de las personas más interesantes que jamás he conocido. Me doy cuenta que no llevo zapatos, ya que de vuelta a casa tropecé y rompí los que llevaba puestos. Tardo unos minutos en elegir unos nuevos que ponerme, y cuando lo consigo escucho el timbre.

-¡Ya bajo! – grito.

Al abrir la puerta me encuentro con Matías, con una sonrisa en su rostro.

-¡Hola Matt! – le digo entusiasmada.

-¡Hola Leire! – dice del mismo modo. – ¿qué te pasa?

-Lo de Anna, ya sabes... Necesitaba salir a despejarme un poco.

Cierro la puerta de casa y empezamos a caminar sin rumbo.

-Bueno, entonces vamos a cambiar de tema. Hoy te he visto hablando con un chico, uhmm... Marcos se llama, ¿no?

-Sí, bueno... pero solo somos amigos – digo sinceramente.

En ese momento, noto cómo un escalofrío me recorre la espalda, tengo la sensación que alguien me está observando. Decido no decirle nada a Matt para no asustarle, quizás sólo sean alucinaciones mías. No me estoy enterando de nada de lo que me está contando, pero ahora mismo ese es el menor de mis problemas.

De repente me giro y veo el movimiento de una silueta.

-Matt, siento interrumpirte, pero... ¿has visto eso? –pregunto.

-¿El qué? – me pregunta intrigado.

-¿No lo has visto? He visto algo moverse. Creo que alguien nos está observando desde que salimos de casa...

-Leire, te estás poniendo pálida, venga vamos a volver a tu casa. – me dice con angustia.

Matt me acompaña a casa, y se queda conmigo hasta que mi madre llega. Cuando llega, entre los dos me llevan hasta arriba creyendo que estoy dormida. Me dejan en la cama, y Matt le cuenta a mamá lo que ha pasado. A lo que mamá, susurrando para no despertarme, le dice:

-No creo que nadie os haya seguido, la verdad. Leire sigue bastante afectada por la muerte de Anna, y supongo que se lo habrá imaginado, pero muchas gracias por traerla y preocuparte.

-Tenga mucho cuidado con Leire, cuídela y protéjala, que no le pase nada, por favor, si algo le pasase no creo que pudiera soportarlo.

Esa es la última frase que recuerdo, no sé lo que pasó después, supongo que me quedaría dormida.

Me despierto con el cuerpo mirando hacia la ventana, y me doy cuenta de que he dormido con la persiana abierta. Entonces me fijo en que alguien, desde una de las ventanas del edificio de enfrente me mira fijamente. Al descubrir que le miro echa a correr. Tengo miedo.

En ese momento, recuerdo lo que mi madre dijo ayer, quizás sea verdad y solo sea que la muerte de Anna me ha afectado y mi mente me está jugando una mala pasada. Sí, será eso. Me levanto y empiezo mi rutina de cada día; me ducho, cojo mi tostada con mermelada de fresa, me cuelgo la mochila al hombro y deseo no encontrarme a Hugo.

Llego al instituto sin haber visto a Hugo, y sinceramente, me alegro de no haberlo hecho, así empezaré mejor el día.

Me acerco a mi taquilla, y al abrirla, veo una nota cerca de la foto que tengo junto a Anna. Reconozco la letra de Hugo, por lo que estoy a punto de hacer una bola con el papel, pero noto que hay algo que no es normal en ella. Me quedo pensando en qué puede ser. Ummm... Es la letra de Hugo. Sí, es eso.

Tiene mala letra, cuando normalmente odiaba hacerla así, ya que era muy ordenado. De hecho, sólo escribía mal cuando tenía prisa. Supongo que sigue siendo así. Decido leerla, será importante. La nota dice:

“Leire, lee esta nota. Hoy alguien me ha preguntado por ti, no tenía buena pinta, por lo que le he dicho que no te conocía. Andate con cuidado, por favor.

PD: Espero que algún día me puedas llegar a creer, recuerda que yo te sigo queriendo tanto como antes, tu mejor amigo, Hugo”

¿Cómo? ¿Que alguien le ha preguntado por mí? ¿Qué tiene eso de malo? ¿Pero qué...?

Entonces lo entiendo. Puede que no me estuviese imaginando nada. Puede que fuese verdad y me están observando, quizás quieren algo de mí.

El miedo me está paralizando, no, no puedo permitirlo, ahora no. Quiero salir de aquí, lo necesito. Necesito ir a ver a Hugo.

Dudo unos segundos en si ir primero a casa a contarle todo a mamá o si ir a casa de Hugo. Al final decido ir a ver a Hugo, ya que ahora mismo necesito respuestas y mamá solo me hará preguntas.

Al llegar a casa de Hugo, llamo a la puerta con mis nudillos, ya que recuerdo que no le gustaba que llamaran al timbre, y como vive solo, puede permitirse el

capricho. Llamo repetidas veces, hasta el punto de que llego a aporrear la puerta. No responde. Decido llamar al timbre. Pulso el botón y espero; uno, dos, tres...Y nada.

Saco mi teléfono y busco su nombre entre mis contactos. Cuando lo encuentro, pulso sobre su número y empieza a llamar. Escucho algo sonar dentro de la casa, parece ser el timbre de un móvil. Ah, genial. Soy yo llamando a Hugo. Qué raro, no lo coge... Normalmente siempre estaba atento al móvil. Quizás le haya pasado algo.

En ese momento recuerdo que, cuando era mi mejor amigo me contó que siempre tenía una llave enterrada en la maceta que tengo justo al lado, ya que más de una vez se le había olvidado la otra dentro. Meto la mano en la maceta para buscarla. Sólo espero que no haya cambiado la llave de sitio. Noto algo puntiagudo entre la tierra. Sí, es la llave, menos mal. La agarro fuerte y la saco, mientras veo que ahora mis manos se han vuelto marrones por la tierra. Genial, ahora le mancharé la puerta a Hugo. Bueno, ahora mismo eso es lo de menos. Ya solo tengo que entrar y preguntarle qué es todo esto. Meto la llave en la cerradura, la volteo varias veces y la saco. Empiezo a abrir la puerta lentamente.

-¿Hugo?-pregunto- ¿estás ahí?

Nada, no hay respuesta. Cierro la puerta y camino hacia la cocina.

-¿Hugo?-vuelvo a preguntar antes de llegar al marco de la puerta de la cocina.

Sigue sin haber respuesta. Nada más entrar, veo una imagen que hace que algo se rompa dentro de mí. Que algo cruja como ya una vez lo hizo, y deseé no volver a ver nunca otra imagen así. Pero aquí estamos de nuevo. Está boca abajo, le doy la vuelta mientras las lágrimas inundan mi rostro. Sus ojos ya no tienen ese brillo especial, y ya no tiene esa sonrisa que se caracterizaba por llenar su rostro en todo momento, esa sonrisa que era capaz de pelear contra un millón de tsunamis. Entonces veo algo al lado de su cabeza; parece ser un papel. Quizás sea una nota. Miro el cuchillo que está hundido en su pecho una última vez antes de coger la nota y leerla. En ella está escrito: *“Primero maté a tu mejor amiga, ahora a tu mejor amigo, la siguiente eres tú”*.